



unánimes

Estudios bíblicos

R: La vida de Jesús

20.- Unción de una pecadora



unánimes

Estudios Bíblicos

R.20.- Unción de una pecadora

1. Introducción

Jesús está comiendo con Simón el fariseo. Mientras come, una mujer viene y unge sus pies con sus lágrimas y perfume, los besa y los seca con su cabello. Es irónico que Simón personifique todas las ciudades que Jesús reprendió antes (Corazim, Bethsaida y Capernaúm) con su actitud justa hacia la mujer (él la rechaza porque es pecadora), y su actitud increíble hacia Jesús (no lo honró de ninguna manera lavando Sus pies o ungiéndolo con aceite). La mujer, por otro lado, representa a todas esas personas cargadas y trabajadas que Jesús llamó a sí mismo. Ella trajo su dolor, lágrimas y culpa y las puso a los pies de Jesús y se quedó sin carga y perdonada. Hay otro momento en que a Jesús le lavan los pies, pero será más adelante cerca del final de su ministerio terrenal.

2. Jesús en el hogar de Simón, el fariseo

Localización: El Norte, Galilea. Texto de referencia:

Lucas 7:36-50

Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiera con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los secaba con sus cabellos; y besaba sus pies y los ungió con el perfume. Cuando vio esto el fariseo que lo había convidado, dijo para sí: «Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora». Entonces, respondiendo Jesús, le dijo:—Simón, una cosa tengo que decirte.

Y él le dijo:

—Di, Maestro.

—Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos lo amará más?

Respondiendo Simón, dijo:

—Pienso que aquel a quien perdonó más.

Él le dijo:

—Rectamente has juzgado.

Entonces, mirando a la mujer, dijo a Simón:

—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado

mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungió mi cabeza con aceite; pero ella ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero aquel a quien se le perdona poco, poco ama.

Y a ella le dijo:

—Tus pecados te son perdonados.

Los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí:

—¿Quién es este, que también perdona pecados?

Pero él dijo a la mujer:

—Tu fe te ha salvado; ve en paz.

3. La invitación

Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiera con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa.

El texto no nos indica tiempo ni lugar. Sin embargo, hay una conexión con lo que precede. En versículos anteriores, Lucas había enfocado nuestra atención en los fariseos que se glorían en su propia justicia y en la gente de mala reputación, los pecadores. En este relato se nos da un ejemplo de cada uno de ellos. Además, es apropiado conectar los fariseos con las ciudades incrédulas que, pese a haber visto señales y milagros, se quedaron en su indiferencia hacia el Señor.



Inicialmente el texto tampoco nos da el nombre del fariseo, sin embargo, un poco más adelante lo identifica como Simón. Este Simón no debe confundirse con “Simón Pedro”, ni con ningún otro simón, nombre muy popular en la época.

Este fariseo invitó a Jesús a cenar. ¿Por qué hizo esta invitación? No se nos dice. Sin embargo, por el texto detallado más adelante, concluimos que no lo hizo motivado por el amor, ni siquiera por tener una elevada consideración de Jesús. Puede haber sido motivado por la curiosidad. Habiendo oído que muchas personas estaban llamando al Señor “gran profeta”, puede ser que haya invitado a Jesús para ver si había que dar consideración a la fama que este así llamado profeta estaba adquiriendo. Aun no se puede excluir completamente la posibilidad de que quisiera tener una oportunidad de encontrar base para formular alguna acusación contra Jesús.

Jesús acepta la invitación y entra en la casa del fariseo. Tan grande es su compasión que no solamente come con los publicanos como Leví (Mateo) sino también con el fariseo Simón, y con otros fariseos cuando le invitan.

4. La mujer pecadora

Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los secaba con sus cabellos; y besaba sus pies y los ungía con el perfume.

La palabra exclamatoria “entonces”, indica que Lucas quiere llamar nuestra atención en forma especial a lo extraño que está a punto de ocurrir. En este pueblo que había una mujer muy conocida por su mala reputación. Decir que probablemente era una ramera sería ser injusto con ella. Una mujer podía ser “pecadora” sin ser una ramera. Además, es claro por el presente relato que a pesar de lo que hubiera estado haciendo, ya no lo hacía. Debe haber oído las palabras de Jesús. Y estas palabras, pronunciadas en ocasiones anteriores, deben haber sido aplicadas a ella con su eficacia salvadora. Además, aun ahora estaba presente en su corazón el principio de una conciencia de haber sido perdonada por Dios. De otro modo, ¿cómo podemos explicar el hecho que, habiéndose enterado que Jesús estaba en la casa del fariseo, no solamente vino a esta casa sino que trajo consigo el jarro de alabastro con perfume? El jarro de alabastro era un frasco de yeso blanco fino (o quizás un color delicadamente teñido). Tenía cuello largo. Para derramar su contenido, debía quebrarle el gollete. Es claro que ella sintió la necesidad de traer una ofrenda de acción de gracias a quien había sido el instrumento en el cambio de su vida.



No es tan extraño que, en un sentido, se le haya permitido entrar en la casa. No era del todo desacostumbrado que personas no invitadas entrasen a una casa donde se ofrecía una cena. Generalmente se sentaban a lo largo de las paredes a observar todo lo que estaba ocurriendo y hasta se ponían a conversar con algunos de los invitados. Sin embargo, que esta mujer en particular, conocidísima como “pecadora”, tuvo el valor de entrar en casa de un estricto fariseo, sí que era algo extraordinario. El único modo de explicarlo es suponer que la urgencia que ella tenía de expresar su gratitud a Jesús era tan irresistible que nada pudo detenerla de hacer lo que ella quería hacer.

Abrumada por un genuino pesar por su vida pecaminosa pasada, la mujer está a los pies de Jesús. Suponemos que los que participaban en la comida estaban reclinados sobre bajos divanes puestos alrededor de la mesa. Cada persona, frente a la mesa, se acostaba con las piernas estiradas hacia atrás. Se reclinaba sobre el brazo izquierdo con el fin de tener libre el derecho para comer. Por lo tanto, es fácil comprender que la mujer estuviera tras Él, esto es, a sus pies que estaban extendidos.

La mujer había venido hoy para ungir a Jesús con perfume; con perfume, costoso y fragante, no solamente con aceite de oliva común. ¡Nada es demasiado bueno para ofrendarlo a Jesús! Pero cuando está allí, ella vacila. En realidad, es vencida por la emoción. Un pesar abrumador por el pecado del pasado se mezcla con una profunda gratitud por el sentido presente de perdón. Su corazón está lleno hasta rebosar de amor y reverencia por Aquel que le abrió los ojos y produjo un cambio tan radical en su vida. Resultado: ella estalla en lágrimas. Esta “agua del corazón” cae sobre los pies de Jesús. Impulsivamente ella hace lo que en aquellos días ninguna mujer debía hacer en público: se desata la cabellera. Entonces, inclinándose con el cabello suelto, mientras sigue llorando continuamente, sigue secando los pies de Jesús, los besa y del frasco ya roto, derrama el perfume sobre ellos.

5. Jesús es criticado por Simón

Cuando vio esto el fariseo que lo había convidado, dijo para sí: «Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora».

Simón, un fariseo típico, se siente profundamente ofendido por lo que la mujer está haciendo. Además, se siente herido en su sentido de la decencia por el hecho de que Jesús tolere tal conducta de parte de ella. ¿Se ha estado preguntando Simón si Jesús es realmente un profeta? Si así era, ya no le cabe duda. Está convencido que si Jesús hubiera sido profeta, inmediatamente habría tenido discernimiento en cuanto al carácter de esta intrusa de baja categoría, esta “pecadora”. Habría despedido a esa mujer de reputación infame.

Simón con su auto justicia no entendía, o no quería creer, que Jesús se asociara con los pecadores con el fin de que pudieran convertirse y ser salvos.

6. La parábola de los dos deudores

Entonces, respondiendo Jesús, le dijo:

—Simón, una cosa tengo que decirte.

Y él le dijo:

—Di, Maestro.

—Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos lo amará más?

En todo este texto, Jesús pone al descubierto los errores de Simón. Muestra que:

- conoce a esta mujer, su pasado y su presente condición;
- aun sabe lo que Simón piensa;
- en consecuencia, Él es un profeta; en realidad uno que discierne los intentos del corazón y la mente;

- d. es nada menos que el Salvador divino, investido de autoridad para perdonar los pecados.

Cuando Jesús le dice: “*una cosa tengo que decirte*”, al dueño de casa siente curiosidad por saber de qué se trata. Entonces responde: “*Dí, Maestro*”. Entonces sigue la parábola de los dos deudores. Necesita muy poco a modo de explicación. Brevemente, el sentido es éste:

Había una vez dos hombres que estaban endeudado con un prestamista. Un deudor le debía el equivalente a lo que un trabajador común gana en quinientos días (sin contar los días de reposo); el otro, un equivalente a lo que un trabajador obtiene por el trabajo de cincuenta días. Sin embargo, ninguno pudo pagar. Entonces, ¿qué hizo el prestamista? En vez de arrojar a los dos deudores a la cárcel, generosamente perdonó la deuda de ambos ... Mirando quizás fijamente a Simón, Jesús le pregunta: “Ahora, ¿cuál de estos dos deudores revelará más amor hacia el prestamista?”

7. La respuesta del fariseo

Respondiendo Simón, dijo:

—Pienso que aquel a quien perdonó más.

Con espíritu de indiferencia, real o fingido, Simón, muy incómodo y preguntándose qué es lo que Jesús está tratando de probar, responde: “Pienso [o, supongo, presumo] que aquel que tenía la deuda más grande, que ahora le fue cancelada”.

8. La comparación de Simón con la mujer pecadora

Él le dijo:

—Rectamente has juzgado.

Entonces, mirando a la mujer, dijo a Simón:

—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungió mi cabeza con aceite; pero ella ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero aquel a quien se le perdona poco, poco ama.

En su gran paciencia, Jesús limita su comentario a la afirmación que el fariseo ha juzgado rectamente. Entonces, muy dramáticamente, el Maestro dirige la atención de Simón hacia la mujer. ¿La ve Simón? ¿Ha entendido la importancia de las acciones de ella? “*Entré en tu casa*”, continúa Jesús, sin siquiera añadir, como podría haberlo hecho, “por invitación tuya”. Enseguida el Maestro revela ante todos el mezquino tratamiento que ha recibido de su anfitrión. Este había omitido todas las acostumbradas evidencias de hospitalidad, todas

las formalidades que, como todos sabían, debían otorgarse a un invitado de honor. Simón no había proporcionado agua para lavar los pies de Jesús, no le había dado la bienvenida con un beso y no había ungido la cabeza de su invitado, ni siquiera con aceite de oliva barato. La recepción había sido fría, con aires de superioridad, descortés.

El Maestro muestra que en los tres aspectos ha recibido un tratamiento muy distinto de la mujer arrepentida. En vez de agua para los pies de Jesús, esta mujer ha proporcionado lágrimas, indicativas de arrepentimiento. En vez de un beso en la mejilla, ella le ha dado muchos besos fervientes a los pies, símbolos de gratitud. ¡En vez de aceite de oliva barato para la cabeza, ha derramado un perfume precioso y fragante en sus pies!

Jesús agrega: *“Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados,”* etc. Para dar todo el énfasis del original, la traducción tendría que ampliarse más o menos como sigue: *“Por lo tanto te digo, perdonados son sus pecados, por muchos que hayan sido. Han sido perdonados como es claro por el hecho de que ella, consciente de haber sido perdonada, ha mostrado que me ama tan intensamente. Es la persona a quien poco se ha perdonado la que ama poco”*. Lo que Jesús enseña es que el desborde de amor es resultado del hecho de estar consciente de haber sido perdonado.

En otras palabras, lo que hace es esto: invierte los papeles. Simón se consideraba justo, perdonado (si es que alguna vez sintió la necesidad de perdón) y miraba a la mujer como pecadora sin perdón. Jesús muestra que por su falta de amor es Simón quien da muestras de no haber sido perdonado—inferencia misericordiosamente atenuada para quedar en “ha sido perdonado poco”—mientras la mujer se regocija en la libertad de culpa que ha recibido como un don de la gracia de Dios.

El amor a Jesús—por lo tanto, a Dios—es y debe siempre ser el resultado del perdón: Nada que pagar, ¡Sí, nada que pagar! Jesús ha pagado ya toda la deuda, la ha borrado con su mano sangrante!

9. El perdón de los pecados de la mujer

Y a ella le dijo:

—Tus pecados te son perdonados.

Los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí:

—¿Quién es este, que también perdona pecados?

Pero él dijo a la mujer:

—Tu fe te ha salvado; ve en paz.

Lo que la mujer ya sabía en principio ahora es reafirmado. En vista de su vida pasada de pecado probablemente ella necesitaba esta confirmación, de modo que aquello que ella sentía que había ocurrido, de allí su desborde de amor, pudiera quedar más firmemente establecido en su corazón, a saber, que de una vez para siempre y en forma completa sus pecados habían sido y ahora eran borrados. Y tal perdón nunca queda solo. Es siempre perdón y más. Dios, en Cristo, abraza a esta mujer arrepentida con sus brazos de amor protector, amor adoptivo.

Esta afirmación de Jesús provocó resentimiento en los corazones de quienes estaban reclinados a la mesa con Él, la mayoría de los cuales probablemente fueran fariseos. Decían consigo mismos: “¿Quién es este, que también perdona pecados?” No debe pasarse por alto que cuando Jesús declaró públicamente “*Tus pecados son perdonados*”, dijo esto no solamente por causa de la mujer misma, para que se sintiera segura, sino también por causa de los otros invitados, para que ya no la consideraran “pecadora”. Habiendo oído a Jesús hacer esta declaración de absolución, ellos, sin embargo, no quedan satisfechos.

Sin embargo, Jesús pasa por alto lo que está ocurriendo en los corazones de estas personas autosuficientes. Pero sí toma en cuenta a la mujer. Es a ella, cuando la despide, que dirige su observación maravillosamente consoladora: “*Tu fe te ha salvado. Ve en paz*”.

En pocas palabras, esta fe, siempre un don de la gracia de Dios, es la humilde confianza de la mujer en Jesús, su acto de entregarse enteramente a Él. ¿No es maravilloso que Jesús, al dirigirse a esta mujer nada diga acerca de su propio poder y amor, la causa fundamental del estado presente de salvación de ella, sino que hace mención de aquello que sin Él nunca podría ella haber poseído ni haber podido ejercer? Que nuestro Señor atribuía gran valor a la fe se ve claramente en otros pasajes de Lucas, así como en muchos otros pasajes de los demás Evangelios.

“*Ve en paz*”, dice Jesús, al despedirla. Aquí no puede significar menos que lo que da a entender la palabra hebrea “Shalom”, prosperidad para el alma y el cuerpo. Esta paz es la sonrisa de Dios reflejada en el corazón del pecador redimido, un refugio en la tormenta, un escondite en la roca eterna, abrigo bajo sus alas. Es el arco iris alrededor del trono de donde salen relámpagos, truenos y voces.

Estudio basado parcialmente en la cronología de los cuatro evangelios de Ricardo Aschmann, en el libro “Armonía de los evangelios” de AT Robertson, en el libro “Life of Jesus in Chronological order” de Mike Mazzalongo y en el comentario bíblico de William Hendriksen.

Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995

El presente estudio es de distribución libre, no se puede comercializar u obtener beneficios económicos de ninguna forma.